



## PRISION DE MOTEZUMA.

(Alegoría copiada de una lámina antigua.)

**N**o se puede negar que fue atrevimiento sin ejemplar, la resolución que tomaron unos pocos españoles de prender á un rey tan poderoso dentro de su corte; acción, que siendo verdad, parece incompatible con la sencillez de la historia; y pareciera sin proporción, cuando se hallára entre las demasías ó licencias de la fabula. Podiérase llamar temeridad, si se hubiera entrado en ella voluntariamente ó con mas elección; pero no es temerario propiamente quien se ciega, porque no puede mas. Véase Cortés igualmente perdido si se retiraba sin repitacion, que aventurado si se mantenía sin volver por ella con algun hecho memorable. Supieron los españoles por medio de sus confidentes, que un general mejicano llamado Qualpopoca, al frente de cuatro mil indios, había atacado las fuerzas que mandaba Juan de Escalante, capitán encargado de la defensa de Vera-Cruz, en número de 40 españoles y 2000 indios totonaques. Aun cuando la victoria quedó por Escalante, no fué tan completa que no ocasionase la muerte de este caudillo y otros soldados, junta con la del valiente Juan de Arguello, natural de Leon. Qualpopoca, deseando atravesar el afecto de su soberano, le mandó como presente la cabeza de Arguello, mas no fué con tanto secreto, que no llegase á oídos de Cortés y sus capitanes.

Reunieronse estos en consejo, y despues de acalorados debates, prevaleció la opinion de Cortés, el cual quería, que por medios prudentes se verificase la prision de Motezuma, con el fin de obligarle á que castigase la rebelion de su general, ya que tan á las claras había violado el tratado de paz que se observaba entre los indios y españoles. Elijióse para el efecto, la hora en que estos acostumbraban hacer su visita diaria á Motezuma, ordenando Cortés que se tomasen las armas en su cuartel, que se pudiesen las sillas á los caballos, y estuviesen todos alerta, sin hacer ruido ni moverse hasta nueva orden. Mandó ocupar con algunas cuadrillas á la deshilada las bocas de las calles, y partió al palacio con los capitanes Alvarado, Velazquez de Leon, Sandoval y Alonso Dávila; y que con disimulo les acompañasen treinta peones de los mas escogidos.

No hizo novedad el verlos con todas sus armas, porque las traían ordinariamente, introducidas ya como traje militar. Salió Motezuma, segun su costumbre, á recibir la visita, y ocuparon sus asientos cuantos asistían con Cortés, retirándose á una pieza inmediata los demas de la comitiva. Asi que quedaron solos, comenzó este su plática querellándose del hecho de su general, y pintando el suceso con colores un tanto asaz recargados.

Perdió Motezuma la color al escuchar este car-

go, en el que no pequeña parte parecia tener, negándole de la manera que le fué mas posible; y asegurando que cuando se había obrado, todo era sin su licencia. Cortés aparentó creerle, y entonces fue cuando comenzó á persuadirle, que para castigar estos desmanes y manifestar á sus vasallos lo desagradable que le eran estos sucesos, debía trasladarse á otro palacio, y en él aguardar hasta tanto que sus ministros castigasen á Qualpopoca y sus guerreros.

No pudo sufrir Motezuma que se alargasen mas los motivos de una persuasión impracticable á su parecer; y dándose por entendido de lo que llevaba dentro de sí aquella demanda, respondió con impaciencia, «que los Príncipes como él no se daban á prision, ni sus vasallos lo permitirían cuando él se olvidase de su dignidad.» Duró largo rato la porfía, resistiendo siempre Motezuma dejar su palacio; hasta que viendo Doña Maria, que también asistía á la audiencia, la color que tomaba el negocio, usó de su influencia para con el príncipe, y comenzó á decirle palabras tan cuerdas y tan bien sentidas, que el monarca no tuvo inconveniente en seguir sus consejos y acceder á cuanto le pedían los españoles.

Salió sin dilacion de su palacio, llevando consigo todo el acompañamiento que solía: Cortés y sus Capitanes iban á los lados, y detrás les seguía un inmenso pueblo, entre el que había circulado la voz, de que los estrangeros se llevaban á su rey.

Así se dispuso y consiguió la prision de Motezuma, y él estuvo dentro de pocos días tan bien hallado en ella, que apenas tuvo espíritu para desear otra fortuna.



F. DIEGO GONZALEZ.

ARTÍCULO II.

(Conclusion.)



ácilmente podia reemplazarse la pérdida de Cadalso. Mas los grandes talentos no pueden estar encubiertos, la luz que despiden los ofrece á los ojos del mundo, y las almas que dotadas de la lumbré divina de un claro entendimiento, son impelidas por secreta propension á unos mismos estudios, luego se encuentran y comunican, aunque las separen anchos mares é impenetrables regiones. Corría el año de 1776 y Jovellanos hallábase entonces en Sevilla de Ministro de aquella audiencia, no olvidando en medio de sus graves ocupaciones, el cultivo de las Musas, de la filosofía, de las artes, estudios á que se dedicó con ardor la mayor parte de su gloriosa vida. El P. Miguel Miras, religioso agustino, amigo de Jovellanos, y acreditado predicador, vino desde Sevilla á Salamanca, y queriendo que su amigo conociese los trabajos de los poetas de esta última ciudad, puso

en correspondencia á Jovellanos con el P. Gonzalez, y este despues hizo que entrase en comunicacion con Melendez. De este modo se debieron al P. Gonzalez las tutinas relaciones que tan útilmente unieron á los dos mas célebres literatos de su época. Muerto Cadabulso, esta amistad pudo en parte consolar á los Salmanticensés de su pérdida, si es que para tal pérdida habia consuelo.

Ignoro si la correspondencia del P. Gonzalez con Jovellanos se conserva; pero consta de los apuntes de persona respetable, que logró verla por la amistad que le unia con el P. Risco y el P. Antonio Merino, compañeros de hábito del P. Gonzalez, que ella pintaba perfectamente su caracter: que en ella brillaba la mas excesiva modestia, hablando siempre con humildad y desconfianza de sí propio, exagerando su ignorancia, y tratando con el mayor respeto al joven magistrado de Sevilla, cuyos talentos é instruccion admiraba, siendo así que en aquella época el P. Gonzalez, que le escedia mucho en años, le escedia no menos en erudicion y saber. De la correspondencia de Melendez, se conserva gran parte, y es un monumento precioso, pues en ella, ademas de estar retratados el nativo candor del poeta y sus generosos sentimientos, se vé la direccion que tomaban sus estudios y sus progresos. Transcribiremos aqui una de las primeras cartas, ó quizá la primera que Melendez dirigió á Jovellanos, ya que no podemos presentar ninguna de nuestro poeta agustiniano. Habia enviado el magistrado Sevillano al P. Agustín Miras, un poemita en que refiere algunos sucesos de su vida, con el titulo de Jovino, y en él insinuaba á sus amigos de Salamanca la entereza de los que formaban la de ellos. Melendez le contestó con una cancion, en que entreteje algo de su historia en medio de los mas desmedidos elogios de los versos de Jovino, y se le remitió con la siguiente Carta.

Salamanca 30 de Marzo de 1776.

Muy señor mio y de toda mi veneracion; si las Musas Salmantinas no tuvieran una justa verguenza de parecer ante las hispalenses, yo osaria remitir á V. S. alguna otra composicion menos imperfecta que las que producía este desapacible terreno antes de la venida de Dalmiro. Este ingenio á todas luces grande, me animó á la poesia, y á él debo el tal cual gusto que tengo en ella, y seria en mí una culpable deslealtad no pagar con algun elogio á quien le alaba tanto como V. S. y merece ser alabado tan dignamente. La magestad, la pureza de estilo, el entusiasmo, la harmonia y todo lo demás que compone la buena poesia, y se halla tan bien en el Idilio vida de Jovino, me hizo desde luego concebir un gran concepto de su autor y de su delicado gusto; el P. Prior de este convento de agustinos, que me favorece con su amistad, y á quien debí el gusto de verlo, me lo adelantó con las noticias de V. S., y de sus amables qualidades, y esto junto al amor que profeso á este bello ramo de la literatura, y á los que lo cultivan felizmente, me hizo

emprender la cancion que dirijo á V. S. Bien conozco su corto mérito y cuanto le falta para el grado de perfeccion á que llega el Idilio, pero la recomendacion del buen afecto de su autor, sino hasta del todo á disculparla, podrá hacer tolerables los defectos de menos bulto, y la osadia con que se ha atrevido á molestar á V. S. Sírvase V. S. ponerme en el número de sus apasionados, y si sus graves ocupaciones se lo permiten, mantener alguna correspondencia con las Musas salmantinas. Estas lo descan con ansia, y lo tendrán á singular favor, y yo el que me cuente entre sus mas afectos servidores, y me mande en cosas de su gusto.—Juan Melendez Valdes.—Sr. D. Gaspar de Jovellanos.

En la cancion de Melendez se conocen sus pocos años; poca seguridad en el estilo, poca exactitud á veces en el pensamiento, poca energía en los versos. El Padre Gonzalez escribió tambien en verso su historia, y se puede asegurar que de las tres composiciones, la suya es con grandes ventajas la mejor. Escrita con gran pureza de diction, con un estilo dulce y sostenido, con versos fáciles y armoniosos, y sin carecer de colores poéticos, deja una impresion agradable su lectura, que hechizando al lector desarma la crítica.

Entre tanto solo resonaban amores en las orillas del Tormes; Jovellanos, cuyo espíritu elevado gustaba de mas graves tareas, creyó que perdian el tiempo empleando su número en tan fútiles asuntos, y les amonestó á remontarlo á mas altura, trabajando así para su propia gloria, y para la general utilidad, procurando la correccion de las costumbres, el ejercicio de la virtud, y la propagacion de las luces. Para ello les escribió una larga carta en verso, figurando en ella haber visto en sueños un encantamiento, en que la envidia y las magos intentaban hacer inútiles los talentos de tres poetas, Gonzalez, Fernandez y Melendez ó sean Delio, Liseno, y Batilo, y oscurecer sus nombres, encargándolos al blando amor de las Ninfas, Mirta, Ciparis y Julinda, y adorneciéndolos con confectiones venenosas. Los exhorta á salir del letargo; anima á Delio (el P. Gonzalez) á cantar los preceptos de la filosofia moral, las virtudes inocentes que conducen al hombre á la bienaventuranza, y los grandes portentos de nuestra religion; á Batilo á manejar la trompa épica, ensalzando los héroes españoles, y á Liseno le reserva la árdua empresa de reformar el teatro. Melendez se escusó modestamente, diciendo á su amigo, le dejase pintar en sus anacreónticas y romances el fuego del amor y las bellezas de la naturaleza campestre: en lo demás, añade, «no tiene que esperar V. S. de mí nada bueno: los poemasépicos, físicos y morales piden mucho edad, mucho estudio y muchísimo génio, y yo nada tengo de esto, ni podré tenerlo jamás.» Preseindiendo de estas últimas espresiones exageradas, hijas de la modestia, el juicio que forma Melendez del caracter, del talento que habia debido al cielo, es exacto, y se conoce que habia imparcialmente estudiado

hasta dónde llegaban sus fuerzas. En edad mas madura, dócil á estos consejos, ó bien creyendo que debió consagrar su Musa á tareas mas propias de sus años y de su dignidad de magistrado, cantó asuntos mas graves, y las composiciones que de ellos tralan, son en general muy inferiores á sus letrillas anacreónticas y romances. El P. Fernandez, por su genio jocoso y festivo, y aun algun tanto disipado, no podia dedicarse á materias que requiriesen gravedad, meditacion y estudio. Por su saber poco vulgar fue nombrado para continuador de la España sagrada, obra inmensa, comenzada por el P. Florez, y en vez de continuar los trabajos que tan felizmente continuaron despues el P. Risco y el P. La Canal, entretúvose en escribir la *Crotología* ó apología de las Castañuelas; asi poco tenia que esperar de él Jovellanos.

Para el P. Gonzalez era para quien no debian ser inútiles estos consejos, y la literatura española poseyera hoy dia un buen poema didáctico de que carece, si la muerte no hubiese atajado los planes de nuestro poeta, arrebatándole cuando aun podia esperarse mucho de su saber é ingenio. Obedeciendo las insinuaciones de su amigo, y aguijado quizá por los escrúpulos que inspiraba el tiempo que creia haber malgastado, proyectó un poema titulado *Las edades*. Del plan y objeto de esta obra apenas podemos dar una idea, pues solo nos queda el canto primero, que no es mas que, digámoslo así, al cimiento sobre que iba á levantarse el edificio, que, construido por las manos de tal arquitecto, debemos creer que fuera proporcionado y elegante. Nadie poseía tan felices disposiciones para semejante tarea. Dotado de una imaginacion mas bien tierna y amena que vehemente y atrevida, poseyendo los dotes de un lenguaje puro y castizo, de un estilo fluido y elegante, de una versificacion fácil y agradable, y empapado ademas del conocimiento de la Escritura y santos Padres, era de esperar de su buen juicio escribiese una obra, que siendo nuestro deleite, asegurase su reputacion. Lo poco que dejó escrito, aunque quedó incorrecto, nos hace sentir en el alma que no compusiese el resto. La espresion nos parece algo fria; mas luego que en la dedicacion invoca el nombre de Jovino, la amistad reanima el estro del poeta, y sigue con marcha desembarazada cantando las maravillas de la creacion, siguiendo los pasos del Génesis con soltura y acierto. Si alguna vez al espresar algun pensamiento abstracto su estro se resfria, y su espresion se muestra poco corriente y prosaica, esos son lunares que hubieran desaparecido con la lima. Despues de plantar la formacion del primer hombre, y la felicidad del paraiso al recordar el primer pecado, la mente del poeta se exalta, viene á la memoria Milton, y con este motivo hay unos cuantos versos fluidos y hermosos, dedicados al poeta inglés: des cribe despues con rapidéz y energía los terribles efectos ocasionados por el primer delito: mas luego manifiesta cómo Dios no quiso conducir al hom-

bre á la desesperacion, pues le dejó el entendimiento, con el cual inventando las ciencias y artes, consiguió hacer mas llevadero el estado á que le condujo el crimen. Hasta aqui lo que el P. Gonzalez llevaba escrito de su poema.

Entre tanto los accesos de melancolia que se apoderaban de su espíritu, eran mas frecuentes, su salud se deterioraba, sus fuerzas se disminuian, y al verle flaco, ojeroso, macilento, y con el color de la muerte esparcido sobre su rostro, todos sus amigos comenzaron á temer por su vida. No se equivocaron ciertamente sus temores: se le arraygó una pasion de ánimo que lo hundió en el sepulcro á los 60 años de su edad. Su muerte fué amargamente llorada por todos los que tuvieron la fortuna de conocerle y tratarle, y las Musas Castellanas derramaron fragantes flores sobre la tumba del dulcísimo Delio, que tanta gloria les habia conquistado con sus versos. Entre otros poetas, Liseno, su inseparable Liseno que fué quien le consoló en suagonía y le cerró los ojos al espirar, consagró á su memoria una Egloga tan parecida en el lenguaje y estilo á las obras de su amigo, que bien puede decirse que este al morir le dejó su pastoril Zampoña y su lira. Aun hizo mas por la memoria de su amigo, erigiéndole un perpétuo monumento en la esmerada edicion que hizo de sus poesias, en el retrato que puso al frente grabado por el excelente grabador Enguidanos, y con los breves pero sentidos renglones que consagró á su saber y virtudes.

El nombre del P. Gonzalez será pronunciado con respeto por la posteridad, y su caracter amado por todas las almas tiernas. Su conducta para con Melendez y otros jóvenes, es modelo del comportamiento que deben tener los literatos ya distinguidos con los que comienzan la carrera de las letras, animando con dulzura, corrigiendo sin acritud, y manifestando mas bien el agrado de un amigo que la superioridad de un maestro. ¡Cuántas veces pierde la literatura escritores que la harian honor, por el pedantesco orgullo de aquellos á quienes dan á examinar sus primeros ensayos, que olvidándose de lo que ellos hacian cuando empezaron, y queriendo encontrar en tales producciones la perfeccion que aun con el ejercicio y tiempo no es fácil de conseguir, las miran con insensato menosprecio, haciendo que los mas desconfiados y modestos, se retraigan de la carrera empezada, y que los mas orgullosos, viendo su amor propio ajado, aborrezcan todo freno, huyan de recibir consejos, y caminando sin guía, se extravien. Aprendan, pues, estas adustas censoras de nuestro amable agustiano, que aun mas que por sus talentos, por su benignidad y dulzura, ha llegado á la posteridad, á pesar de que su modestia no aspiraba á tanto, haciendo inmortal su nombre como el de uno de los restauradores de las letras españolas.

E. F. DE N.